

## Libros

LA ARQUITECTURA DE  
LUIS MOYA BLANCO

Sobre el libro monográfico de Antón Capitel. Ed. del Colegio Oficial de Arquitectos, Madrid, 1982.

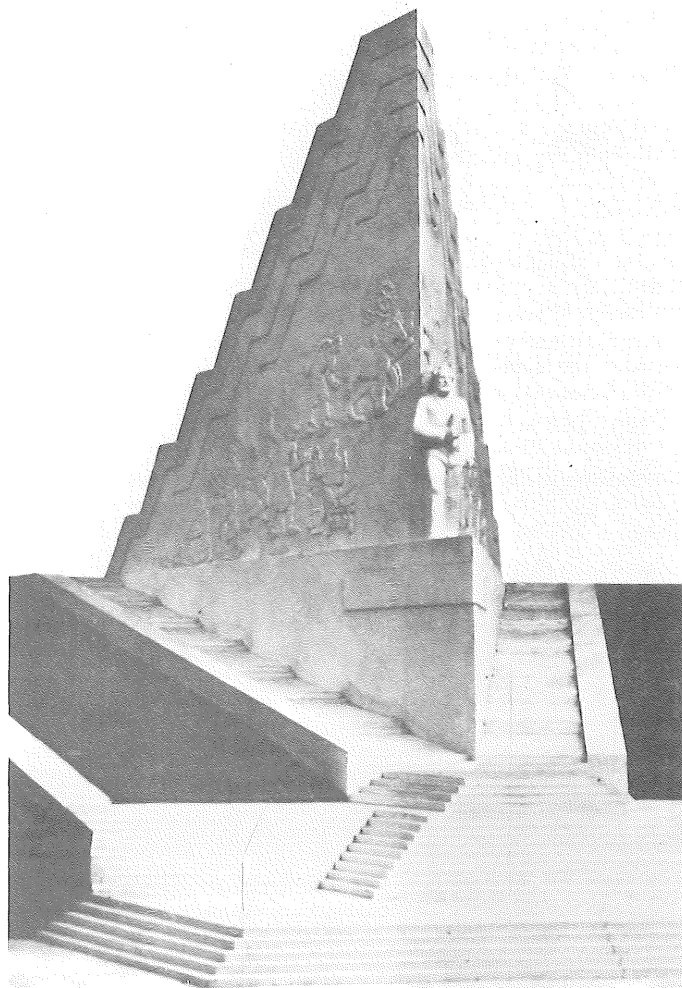
El arquitecto Antonio Fernández Alba nos ha enviado la crítica que le habíamos solicitado en forma de carta a su autor. Así la transcribimos.

“Querido Antón:

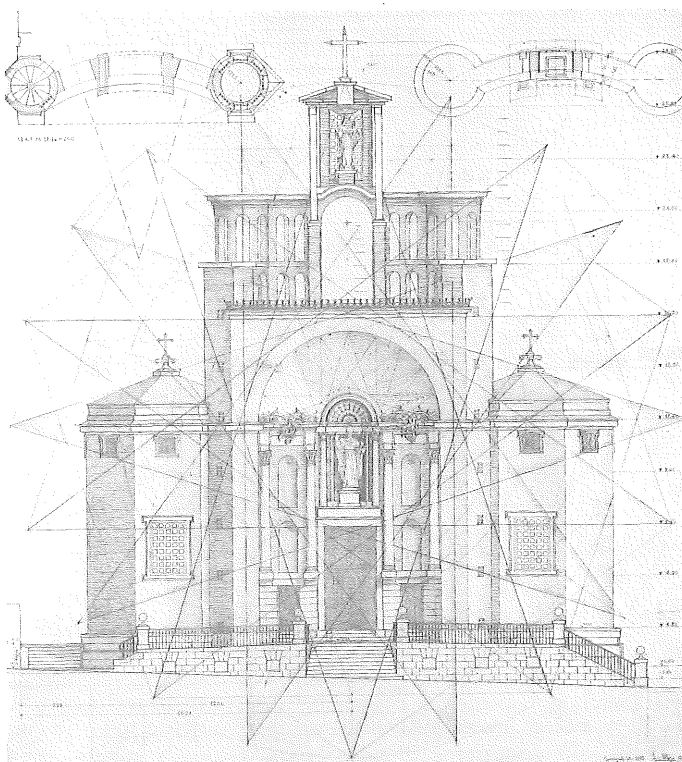
Me resulta difícil realizar una acotación crítica o bibliográfica a tu libro sobre *La Arquitectura de Luis Moya Blanco*, que acaba de publicar el Colegio de Arquitectos de Madrid. Razones no faltan, la primera, porque no soy historiador ni crítico y estos son tiempos donde los campos profesionales se alimentan, por lo general, más de convenios que de conocimientos, y no desearía lesionar los intereses de oficio. La segunda, porque los lazos de amistad que me ligan tanto al autor de la obra como al biografiado superan la posible valoración o el juicio preciso del contenido escrito.

No obstante, no puedo negarme a enviarte, aunque sea en tono epistolar, algunas consideraciones que la lectura de tu trabajo sobre Luis Moya, me suscitaron en su día, cuando estas páginas de ahora se presentaron como tesis doctoral en la Escuela de Arquitectura de Madrid.

Por seguir una cierta nomenclatura convencional, señalaré que el trabajo de Luis Moya es depositario de una rica y significativa herencia arquitectónica, inmersa en el panorama de la más fecunda tradición del *buen oficio de la edificación*; es un arquitecto que aprendió con soltura el manejo de “*la escuadra y el compás*”, sin caer en la tentación de ser sólo un *técnico exagerado*, pues comprender, con un buen grado de raciona-



Arriba, Monumento a Pablo Iglesias, con E. Pérez Comendador (1932).  
Abajo, fachada definitiva de San Agustín (1951).



lidad, que estos instrumentos —escuadra y compás— eran sólo garantías para la solidez y composición del edificio.

Del maestro de obras ilustrado, del profesor y del arquitecto que ha encarnado la figura de Luis Moya, fuera del ámbito de un reducido número de amigos y de discípulos agradecidos (entre los cuales sabes que me encuentro), poco o casi nada se sabe de su auténtica dimensión humana y profesional. Envuelto en el silencio de quienes nunca le escucharon y entendieron; confundido en el peregrinar por las aulas de la Escuela, en perpetua revisión de sus enseñanzas, o por los sillones de academias, donde con frecuencia se practica la nostalgia como permanente tentación regresiva, Luis Moya discurre como un personaje envuelto por la bruma de la duda o el elocuente desprecio de los pragmáticos de la acción arquitectónica, mito y antimito que tú señalas. Ahora, en estos tiempos de recuperación, todas las *glorias* son buenas para mostrarlas en los escenarios de la ficción; tu libro me consta que fue reclamado por otros sentimientos, aunque la oportunidad de su publicación pueda confundirse con idéntica gestión recuperadora.

La obra de Luis Moya, la más esencial, se desarrolla en una España nada fácil, ni siquiera para los elegidos. Sus primeros esbozos vienen iluminados por las trazas de otras civilizaciones, testigos, tal vez, de raíces infantiles, se nos manifiestan como objetos llegados de la otra *orilla del tiempo*. Entre estos objetos encajarían temas como el del Faro de Colón, el monumento a Pablo Iglesias o el sueño arquitectónico para una Exaltación Nacional. Arquitecturas éstas en las que siempre subyace una relación con los basamentos para las ceremonias del culto y el concepto de perennidad de la obra arquitectónica, consciente sin duda de que en las trazas “*la mayor diligencia del arquitecto debe ser en orden a la estructura de los cientos*”.

De Luis Moya se ha dicho, pienso que en términos demasiado simplificados, que fue el arquitecto del régimen

1939-1975; me habría interesado que tu trabajo dejara clarificado con la precisión de los datos y la correlación de los hechos, si existió relación alguna entre su obra y un proceso político que, lamentablemente, se interesó tanto por la arquitectura como por la naturaleza del hombre. Creo más bien que la intención predominante en su obra, como lo fuera en Wolfllin, ha sido la de la *emulación*.

Luis Moya dispone de una capacidad para contemplar las cosas que le permite indagar sobre el carácter intrínseco del espacio arquitectónico a través de la materia, y esta vinculación le lleva al respeto de las fuentes, cuyos expedientes conoce como pocos, aunque es cierto que la historia de estos espacios no los puede desligar de sus vínculos como "*historia del espíritu*", también en esto me parece que sigue siendo válida la referencia a Wolfllin.

Ha construido su obra en torno a una época que se caracterizó por un marcado espíritu de muerte, muerte motivada por esa violencia innecesaria y alarmante que consolidan las guerras; y esta simultaneidad en el tiempo de la construcción de sus espacios le ha contaminado como arquitecto de una escenografía fúnebre. Pero tal acusación, por sí misma, no es indicativa, y su arquitectura no puede leerse iluminada sólo por los sueños de la exaltación nacional, o el justificado desdén de los que sufrieron de injusticia.

Sus trabajos me parecen procesos de una *construcción uniforme*, sin otras variaciones que los adjetivos que interpone el tiempo, consideración ésta que tus páginas pretenden corroborar. ¿Acaso muchos de los epígonos errantes de las modas *TEN*, *NEO*, o *POST*, no firmarían gozosos algunos de sus proyectos, frente a la simpleza de sus ideas o la banalidad de sus ilustraciones gráficas? Echo de menos en tu libro alguna referencia más sustantiva al constructor intuitivo, que Moya ha reflejado en todos sus trabajos, de manera más explícita en sus respuestas abovedadas, enlazando con la

mejor escuela de arquitectos españoles, desde los anónimos maestros medievales, a los Egeas, Gil de Hontañón, Villanueva, Gaudí o Antonio Palacios, historia ésta aún por escribir, tal vez porque sea más fácil para la técnica narrativa en la que aún se apoya la historia, hacer de la construcción una escueta nomenclatura de estilos, concluyendo con axiomas tan genéricos como que "*la arquitectura es la expresión de una época*", las consabidas referencias a los parámetros clásicos, renacimiento (v) barroco, o bien la injerencia de una semiótica apenas conocida por los arquitectos. Creo que le sobra al libro un exceso de *acento italiano*, justificado, y así lo deseo, más por la juventud del autor, que por sus propias convicciones, lo que conforma una deificación inconsciente del personaje arquitecto más que del empecinado *constructor ilustrado* que, a mi juicio, ha representado la persona y la obra de Luis Moya.

Te acotaría, finalmente, que para Luis Moya el movimiento moderno no fue santo de su devoción, pese algunas referencias coyunturales, y pienso que esta actitud nos privó de un eslabón histórico no asumido por ningún arquitecto de los que, cronológicamente, deberían haberlo hecho en este país.

Arquitecto de unos espacios aislados en el tiempo, vacíos del contenido gratuito y demagógico que se les pretendió dar, símbolos hoy de soledad y de silencio, bien trazados y contruidos, *arquitecturas de emulación*. Sin impugnar a las vanguardias, proyectó sus espacios muy ligados a las leyes de la construcción. Su vínculo más primordial me parece que ha sido la práctica arqueológica de la arquitectura, anticipándose a muchos de los ejercicios que hoy son objeto de veneración en escuelas y capillas de las vanguardias ilustradas.

Espacios contruidos y proyectados en un tiempo de una España dolorida, para los más jóvenes, por fortuna, irrecorable. Un tiempo y un espacio afectado, por el *daño*, a veces irremparable, pero al que

vamos acostumbrándonos, cada uno del modo y manera que puede, sin *rencor*, y espero que, con trabajos como este libro que nos presentas, sin *nostalgia*.

Lo deseo fervientemente; un fuerte abrazo".

Antonio Fernández Alba